

Antonio Tàpies

La exposición que presenta Antonio Tàpies en Barcelona tiene gran importancia por representar la misma una plenitud en la obra del pintor, y a la vez significar una entrada casi definitiva de nuestra ciudad en la estética de ahora, donde con tanto tiento se anda en lo que se refiere al arte actual. Los críticos y el público miran aún de refilón estas exposiciones, aunque cada día es mayor el sector de opinión abiertamente favorable a este arte de proyección, de reto a acontecimientos futuros y a concreciones esencialmente dinámicas.

Recordamos de Antonio Tàpies sus exposiciones del 54 y 55 en dos salas de nuestra ciudad; su aportación discutidísima y pujante a la Bienal Hispanoamericana del 55 y la colectiva internacional de «Arte Otro» celebrada en el 57, esta última con intervención de los mejores artistas de la tendencia como Mathieu, Appel, Burri, Wols, Saura, entre otros, en pintura, y escultores como la americana Clara Falkenstein.

Después de tres años, prácticamente, de no exponer en nuestra ciudad Tàpies presenta ahora una completa exposición que nos da la medida justa de su talla entre los hombres que persiguen unas vivencias plásticas latentes desde los orígenes, y que se manifiestan a veces en forma salvaje por el afán desmesurado de emerger hacia fuera y ser razón fuerza e idea de un período incisivo y profundo de nuestro devenir.

En estos tres años el reconocimiento internacional del arte de Antonio Tàpies ha ido afianzándose. La concesión de varios premios importantes le han convertido en un exponente primordial de esta aún nueva escuela.

En la soledad de su creación la necesidad juega un papel primordial. Tàpies con un sentido pleno de silencio, y con una intuición plástica extraordinaria, va escrutando en forma sistemática su mundo íntimo.

Su desgarró vital, su dramatismo progresivo, significan una forma absoluta de desarrollo personal de esta soledad — necesidad de este «tener que hacer algo» sin mirar atrás, enrojeciéndole los ojos está afila trama futura de la nueva plástica.

Su obra la juzgaremos bajo dos puntos de vista. El sentido plástico en su profundidad más abierta, y el sentido social y humano de la mismas enfrentada a sus contemporáneos. Este último punto es primordial en todos los artistas de ahora ya que una obra,

una expresión individual aislada huérfana de reconocimiento positivo asemeja una isla donde la vegetación haya sido quemada por los rayos ardientes de un sol indiferente.

Hemos apuntado que la exposición que presenta Tàpies conoce un ritmo unitario y completísimo. La misma representa lo mejor de su producción en el último año en pintura, aunque haya algunos «collages» firmados en el 57. Tiene una pintura firmada en el 60, o sea una creación reciente. Por tanto con esta exposición podemos formarnos una idea total del mundo de Tàpies en la actualidad. Consta la exposición de pinturas — grandes formatos — litografías y «collages».

Sus obras asemejan una continuidad de universos conclusos y desgarrados. Ahí quedan estas profundas huellas formando cuadros a veces con una percusión más intensa aún en el centro. Estas zonas aisladas de pasta estratificada de la que parece que emerja un calor fuera de todo proceso anímico y humano. Algo nuevo, algo que al no poder aplicarle nombre nos revela y nos hace huir hacia los campos uniconstantes de la materia en su canto monocorde de vida y de muerte, de pasión y de abandono, de indiferencia y de locura.

Una de sus obras blanca en su totalidad con unas ligerísimas manchas de trasfondo en ocre pálido, presenta dos o tres huellas en su parte baja. Esta estructura realizada en una tela de gran tamaño tiene un texto hiriente de un monocordismo que lacera por su misma insistencia súbita e infinita. Una de las características de la obra de Tàpies es especialmente este sentido súbito e infinito que aparece como halo constante en todas sus obras. Afectan por su agrasividad y nos incitan a una contemplación más profunda. Otra obra con pasta ocre tiene un «grattage» incisivo y profundo en forma de pirámide. Su base asemeja el nacimiento intenso y aún titubeante de un gran poder retador, el nacimiento quizá de una cúspide humana en su sentido colectivo y social.

La obra de la que hemos hablado firmada en el 60 presenta una aplicabilidad técnica y original. El artista emplea superpuestas sobre la tela planchas de cartón a las que cubre más tarde con su pasta particular, empleada en este caso con una reducción infima de densidad lo que ocasiona — la obra realizada es un gris negruzco con una motivación rojo frío en su parte superior — que dicha superficie dé la sensación de ura-

lita rotulada y agrisada por la acción del tiempo. Sobre estas planchas de cartón superpuestas Tàpies hunde un afilado útil produciendo unos desgarrros que en este caso alcanzan aires plenamente antihumanos procedentes de regiones donde se atenta contra la nada motor exclusivo de la primigenia vital.

Sus gamas siempre sordas y sugerentes van de los azules opacos a los rojos fríos. En sus últimas obras asoman unos grises negruzcos que sugieren verdaderos campos por descubrir y zonas extensivas abandonadas, donde solo asoma la fuerza profunda y dramática del trozo en incisión. Ya últimamente parece también que se acentúa el proceso eliminativo de la pasta dejando a la misma una misión más específica en zonas de fuerza más reducidas y contundentes.

El sentido de confrontación de la obra de Tàpies — y de todo pintor actual — con la sociedad de su tiempo presenta intensos problemas que deben ser considerados con algún detenimiento.

Obras como las de Tàpies representan un sentido revulsivo, niegan una belleza para basamentar el alcance pleno de otra. Por tanto la comprensión de las mismas por la colectividad sigue un proceso lento, de momentánea dispersión, para proseguir en una agrupación necesaria alrededor de una voz o una plástica cuyo hecho representa un signo pleno de actualidad responsable. Estamos convencidos que el arte responderá siempre a un hecho colectivo y social. Las cúspides, los genios, los grandes artistas son meras especulaciones en nuestro momento actual. Hoy día quien priva es el valor del hombre que puede alcanzar el azar, y la creación positiva con su pulso imponente como depositario de destinos y de sentidos emergentes. El valor del hombre ante sí mismo debe ser un ejemplo ante cualquier colectividad.

El hombre enfrentado a sus propias limitaciones es la máxima lucha por alcanzar un ejemplo perdurable que sea acicate de muchos hombres y revulsivo de muchos esfuerzos latentes.

Vemos en Antonio Tàpies uno de estos hombres en el campo de la plástica. Con él y con otros como él nuestro tiempo dejará una rubrica sideral de afán, de locura, de ansia mítica de escapar de nuestras propias limitaciones, escalando en espíritu las regiones donde el hombre es un esfuerzo y una proyección básico-dinámica cara al rigor futuro.